



BIBLIOTECA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Alicia Civera Cerecedo
Entre surcos y letras
Educación para campesinos
en los años treinta

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Plaza del Carmen N° 27, San Ángel

SÓLO HISTORIA



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Nueva época  Número 2
ene-feb 1999

Contenido



ILUSTRACIÓN DE PORTADA:
David Alfaro Siqueiros. *Etnografía*, 1939. Colección del Museo de Arte Moderno de Nueva York. "Anteriormente titulada *La máscara*, esta pintura es una de las evocaciones más sorprendentes creadas por Siqueiros. La aparición de un campesino indígena reencarnado como una deidad olmeca produce una sensación de autoridad psicológica y emocional de este sector de la población mexicana desprovisto de privilegios, una de las metas artísticas y políticas perdurables de la Revolución Mexicana". Tomado de *México, esplendores de treinta siglos*, The Metropolitan Museum of Art.

DISEÑO DE CUBIERTA: Carlos Alberto Gómez.

Las ilustraciones de este número son de Pablo O'Higgins y fueron tomadas del libro *Pablo O'Higgins, hombre del siglo xx*, editado por la Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, 1992.

De culteranos a innovadores
 ≡ EL ESPÍRITU SOCIAL DE LA CONSTITUCIÓN MEXICANA Sergio García Ramírez 2

≡ LA CONSTITUCIÓN DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA Susana Pedroza 8

≡ REFORMAS CONSTITUCIONALES Manuel González Oropeza 13

≡ NARCISO BASSOLS Y EL PENSAMIENTO DE LA GENTE NUEVA
 POLÉMICA SOBRE EL DERECHO REVOLUCIONARIO Georgina Naufal Tuena 18

≡ ENTREVISTA CON MANUEL GÓMEZ MORÍN James Wilkie 29

≡ LOS MOTIVOS DEL CONSTITUYENTE DE 1917 José Álvarez y Álvarez de la Cadena 32

Vámonos a la Revolución
 ≡ LA CIUDADELA: CRÓNICA DE UNA CONSPIRACIÓN Fernando Leyva Martínez 38

Letras y Revolución
 ≡ CARTUCHO (FRAGMENTO) Nellie Campobello 42

≡ SALVADOR NOVO Y LA HISTORIA Angélica Vázquez del Mercado 44

≡ EL ESTRIDENTISMO Y LAS ARTES PLÁSTICAS Carla Zurián de la Fuente 47

≡ FERNANDO DE FUENTES. CINEASTA DE LA REVOLUCIÓN Roberto Espinosa de los Monteros 50

Documentalía
 ≡ NUESTRA CONSTITUCIÓN (FRAGMENTO) Facsímil 53

Los olvidados
 ≡ BALTASAR R. LEYVA MANCILLA Diana Vidarte y de Linares 54

Entrevista
 ≡ SALVADOR RUEDA SMITHERS 56

Lo nuevo
 Vizón 58
 64

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



SECRETARIO DE GOBERNACIÓN
 Francisco Labastida Ochoa
 SUBSECRETARIO DE GOBIERNO
 Diódoro Carrasco Altamirano
 SUBSECRETARIO DE DESARROLLO POLÍTICO
 Jorge Alcocer Villanueva
 SUBSECRETARIO DE ASUNTOS RELIGIOSOS
 Guillermo Jiménez Morales
 SUBSECRETARIO DE POBLACIÓN Y DE SERVICIOS MIGRATORIOS
 Fernando Solís Cámara
 SUBSECRETARIO DE SEGURIDAD PÚBLICA
 Jesús Murillo Karam
 SUBSECRETARIO DE COMUNICACIÓN SOCIAL
 Emilio Gamboa Patrón
 OFICIAL MAYOR
 Jorge Cárdenas Elizondo
 COORDINADOR GENERAL DE PROTECCIÓN CIVIL
 Guillermo Ruiz de Teresa
 TITULAR DE LA UNIDAD DE ESTUDIOS LEGISLATIVOS
 Roberto Zavala Echavarría
 DIRECTOR GENERAL DE INFORMACIÓN Y DIFUSIÓN
 Ignacio Lara Herrera

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



ENCARGADA DE LA DIRECCIÓN GENERAL

María Hilda Sam Ibarra

CONSEJO TÉCNICO CONSULTIVO

Gastón García Cantú
 María del Refugio González
 Álvaro Matute Aguirre
 Santiago Portilla
 Berta Ulloa Ortiz
 Fausto Zerón-Medina
 SECRETARÍA TÉCNICA
 María Teresa Franco y González Salas

SUBDIRECCIÓN DE PRODUCCIÓN EDITORIAL

Benigno Casas de la Torre
 SUBDIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN
 Fernando Leyva Martínez
 SUBDIRECCIÓN DE BIBLIOTECA
 Alejandra Aguirre Herrera

COORDINACIÓN EDITORIAL

HORACIO ORTIZ
 REDACCIÓN
 HORACIO JIMÉNEZ
 DISEÑO GRÁFICO
 CARLOS ALBERTO GÓMEZ
 CORRECCIÓN
 BLANCA FIGUEROA

DIRECTORA DE DIFUSIÓN

Beatriz Barros Horcasitas

Publicación bimestral editada y distribuida en forma gratuita por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM). Francisco I. Madero N° 1, San Ángel, CP 01000, Del. Álvaro Obregón, México, D.F. Tels. 616 3856 y 616 3872, fax ext. 25. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Número ISSN en trámite. El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de los autores y no refleja necesariamente el punto de vista del INEHRM. Impresión: Reproducciones y materiales, S.A. de C.V. Tiraje: 3000 ejemplares. Año 1 N° 2 ene-feb 1999. Correo electrónico: inehrm@servidor.unam.com.mx

La Ciudadela: crónica de una conspiración

Fernando Leyva Martínez *



El pasado se transmuta en teatro de la vida
J.H. Plumb

La historiografía contemporánea mexicana se plantea diversas interrogantes sobre el gobierno de Francisco I. Madero. Hay quienes aseguran que la solución a los problemas presentados durante su gobierno residieron en el manejo que dio a la política, otros asientan que fue su candidez y otros más opinan que con su arribo a la presidencia se evidenció un gran vacío de poder. Pues bien, de esta última postura se abordará el impacto decisivo que tuvo para los destinos políticos la confabulación de militares apoyados por diplomáticos acreditados en México, para el derrocamiento del presidente Madero. Uno de los episodios más ilustrativos es la batalla por la posesión y dominio de la Ciudadela, el talón de Aquiles del frágil proceso democrático del país; asimismo fue uno de los momentos más difíciles para la consolidación de las demandas revolucionarias. Se peleaban las tendencias decimonónicas contra las innovadoras.

La situación política que vivió Madero al arribar a la primera magistratura —el 6 de noviembre de 1911 y cuyo periodo de gobierno constitucionalmente concluiría en 1916— parecía prometer grandes cambios a la estructura general del país; sin embargo, no se pudieron implementar un conjunto de reformas rápidamente (reparto agrario, jornada

de 8 horas de trabajo y licenciamiento de tropas porfiristas), por lo que se volvieron a levantar en armas personajes como Pascual Orozco y Emiliano Zapata, quienes en un primer momento habrían apoyado la revolución maderista.

Las condiciones por las cuales atravesaba el gobierno maderista hicieron suponer a muchos de los embajadores acreditados en México, principalmente al decano del cuerpo diplomático, Henry Lane Wilson, que tal administración no terminaría su periodo de gobierno.¹ Madero enfrentó la inestabilidad política suscitada por el vacío de poder dejado por el destierro del general Porfirio Díaz. Para contrarrestar dicho fenómeno pensó en articular un gabinete conformado por antiguos porfiristas y con algunos de sus seguidores. El ejército porfirista —como fiel reflejo de las medidas políticas del Presidente—, no fue removido, ni siquiera licenciado, como lo hicieron otras revoluciones exitosas de México y América Latina. La orden dada fue desmovilizar algunas divisiones revolucionarias mientras otras quedaban bajo la tutela del ejército federal. Esta medida tuvo severas consecuencias e incluso fuertes disputas al interior del gobierno.

A los quince meses de iniciado el primer gobierno democrático maderista (febrero de 1913) la efervescencia política y militar continuaba; los personajes opuestos al régimen tenían montada una campaña periodística que atacaba la figura presidencial, mientras los diversos movimientos armados contra de Madero —orozquistas y

zapatistas— creaban el clima propicio para que se diera un levantamiento en la misma ciudad de México. Al respecto, Friedrich Katz subraya:

"En enero de 1913 se organizó una nueva conspiración contra el gobierno de Madero, una conspiración en la cual los grupos conservadores rivales lograron unirse por primera vez y enterrar, por lo menos temporalmente sus diferencias [...] Los conspiradores habían establecido contacto con muchos oficiales del ejército, y parece ser que ya entonces Wilson estaba también al tanto de estos planes."²

En febrero de 1913, las condiciones estaban dadas para el derrocamiento de Madero, ya que carecía de apoyo dentro del ejército, y solamente las tropas revolucionarias



Retrato de albañil. 1946

Sembradora. 1950



que acompañan los batallones de rurales y contados generales mantenían su lealtad al gobierno. Sin embargo, una cuestión resultó fundamental para la caída de éste: el no licenciamiento del ejército federal, que motivó a los generales porfiristas, quienes se sintieron con todas las atribuciones para exigir el puesto de mayor relevancia política dejado vacante por Porfirio Díaz: la Presidencia.

La confabulación militar en contra del gobierno maderista estaba encabezada por los generales porfiristas Manuel Mondragón, Félix Díaz y Bernardo Reyes. Estos dos últimos se encontraban presos y desde la cárcel participaron en el diseño del levantamiento militar de algunos batallones en la capital. La acción de los pronunciados estaba dirigida a capturar Palacio Nacional y presionar a Madero para que renunciara al cargo y nombrar al general Reyes en su lugar.

La sedición aglutinaba a los generales del ejército federal Manuel Mondragón, Félix Díaz y tentativamente a Victoriano Huerta, quienes una vez muerto el general Reyes, al iniciarse la asonada, estuvieron de acuerdo con los lineamientos políticos estipulados por el embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, personaje que siempre presionó al cuerpo diplomático acreditado en México para desconocer al gobierno maderista. El proceder del embajador hacía pensar que la intervención estadounidense era inminente.

Los militares levantiscos habían fijado el 13 de febrero para el inicio de sus operaciones; no obstante, la confabulación corría el riesgo de ser descubierta y las tropas felicistas y reyistas se movilizaron para sacar de la cárcel —de Santiago Tlatelolco— a

sus dirigentes, enfilándose más tarde rumbo a Palacio Nacional —pensando que ya estaba tomado por tropas pronunciadas.

En los primeros momentos —quizá los más difíciles para la causa democrática— los militares presos fueron puestos en libertad, de tal modo que pudieran ponerse al frente de sus tropas. A pesar de la rápida operación militar el general Lauro del Villar, leal al gobierno maderista, consiguió defender y rechazar a los pronunciados que amenazaban con tomar Palacio Nacional; rápidamente implementó la defensa del inmueble. Ordenó a francotiradores apostarse en los techos de las construcciones vecinas en torno a la Plaza de Armas, y colocó una gran cantidad de fusileros, ametralladoras y piezas de artillería para repeler el asalto.

Las tropas sublevadas fueron sorprendidas con tal acción; en la refriega fue muerto Bernardo Reyes, líder visible del movimiento. Por su parte Félix Díaz agrupó, en una presurosa retirada, a sus fuerzas restantes, retirándose a la Ciudadela, en donde en vista del fracaso momentáneo del plan se puso en

contacto con otros oficiales del ejército, como en el caso de Aureliano Blanquet, para reanimar la asonada. José Mancisidor apunta:

"fallida la intentona rebelde de apoderarse del Palacio, Félix Díaz y Manuel Mondragón buscaron una salida al conflicto. La Ciudadela se abrió en su imaginación como una promesa y una esperanza. De otro modo estarían perdidos".³

Madero se enteró del levantamiento en el Castillo de Chapultepec y sin esperar salió hacia Palacio Nacional seguido de su reducida escolta integrada por cadetes del Colegio Militar. A su paso se le unió el pueblo y en el trayecto —sabedor de las heridas del general del Villar—, nombró jefe de la plaza, al general Victoriano Huerta, que se le había unido durante su paso por la Alameda.

Efectivamente, las fuerzas militares de los golpistas se acantonaron en la Ciudadela —que ya había servido con anterioridad como cuartel del ejército—. Las escuadras gubernamentales cercaron el edificio y esperaron las órdenes del general Huerta, quien ya para entonces estaba en contubernio con los golpistas, y gracias al auspicio del embajador Wilson pudo ponerse en contacto con Félix Díaz, planeando de esta manera las repercusiones de los enfrentamientos entre las respectivas fuerzas. El convenio entre estos consistió en escenificar una guerra falsa: "Huerta no mostró interés en los días siguientes en tomar por asalto el cuartel, y ni siquiera en impedir que recibiera víveres y abastecimientos."⁴

* Subdirector de Investigación del INEHRM.

Este hecho de armas evoca otro muy similar acontecido durante los disturbios postelectorales del año de 1871. En esa ocasión los pronunciados se encerraron de la misma manera en la Ciudadela y el general Sóstenes Rocha, cuya habilidad consistía en apaciguar las rebeliones por medio de métodos poco convencionales, recuperó la edificación en dos horas de combate. Este hecho de armas hacía pensar que la conducta militar de Huerta sería emular al general republicano y tan solo se esperaban las noticias para resolver favorablemente la situación.⁵

Sin embargo, las tropas del gobierno dirigidas por el general Victoriano Huerta se plegaron a las directrices del jefe de la plaza de México, quien hizo colocar una batería de cañones en torno del sitio y dispuso que las tropas bajo su mando —en gran parte compuestas por batallones leales a Madero— asaltarán la Ciudadela en ataques frontales, maniobra encaminada a menguar el apoyo tanto civil y militar que sostenía a Madero en su sitio, mientras que, por otra parte, los destacamentos pronunciados bombardeaban partes de la ciudad y en especial Palacio Nacional, con base en un plano remitido a Félix Díaz por oficiales de Huerta.⁶ La confusión se adueño de la capital y las fuerzas del gobierno pusieron en práctica la estrategia huertista. Alan Knight menciona: "las fuerzas del gobierno iniciaron el ataque sobre la Ciudadela con una carga masiva de artillería, seguida por un asalto de infantería; el resultado fue de 500 muertos entre los cuales se incluía a numerosos civiles. Ésta fue la pauta observada durante los cuatro días siguientes".⁷

Esta guerra falsa se caracterizó por la serie de asaltos perpetrados por la guarnición del gobierno,

rechazados prontamente por los seguidores felicistas. Las tropas leales a Madero —los rurales y algunos cuerpos de cadetes del Colegio Militar— fueron traídos de afuera de la ciudad de México; gran parte de ellas se encontraban en campaña militar contra el zapatismo. De modo tal que en apego a lo estipulado en el plan de batalla fueron enviadas a inútiles asaltos frontales contra el fuego de Díaz,⁸ a tal grado que causaron infinidad de bajas en las huestes leales al *Apóstol de la Democracia* y en la misma población civil. Los batallones bajo el mando huertista, en especial los cuerpos castrenses que respetaban su posición dentro de la milicia, permanecieron a la expectativa ya que estuvieron orientados a permanecer inactivos para entrar a combatir cualquier anomalía.

La estrategia felicista,

convenientemente apoyada por Huerta y avalada por Wilson, consistió en mantener en apariencia un combate desesperado contra las tropas federales y mantener vivo el caos callejero, mientras se bombardeaba Palacio Nacional. El propósito de la batalla tenía el claro objetivo de eliminar el mayor número posible de tropas adictas al presidente y desestabilizar el gobierno. El historiador Charles C. Cumberland menciona:

Con Félix Díaz atrincherado en la Ciudadela, el general Huerta apostado en el Palacio Nacional y la plebe recorriendo agitadamente las calles, se inició la sangrienta lucha conocida como la "Decena Trágica". Desde el principio la lucha por la ciudad de México fue una brutal burla de la decencia, la



Variación sobre el tema del mural de Santa María Atarasoquillo. 1949

Metalúrgicos. 1941

justicia y la honestidad. Los conspiradores entre los que pronto se contaría Huerta, sembraron la muerte y la destrucción por la capital como parte de un plan deliberado para excitar a la turba hasta que exigiera el derrocamiento de Madero para terminar con la carnicería.⁹

En vista de los acontecimientos, el presidente optó por seguir apoyando a Huerta, pese a las muestras de sedición. Existían informes que daban como un hecho el entendimiento entre Díaz y Huerta, rumores que llegaron al conocimiento del hermano del presidente Gustavo Madero, "quien por medio de un amigo se había enterado de las reuniones entre Díaz y Huerta, detuvo a Huerta y lo llevo a las dos de la mañana con el presidente. El general se defendió aludiendo a su fidelidad y sus servicios cuando reprimió la rebelión orozquista, y prometió tomar medidas decisivas contra los rebeldes al día siguiente. Madero reprendió a su hermano, dejó en libertad a Huerta y le dio un plazo de 24 horas para probar su lealtad".¹⁰

Las escaramuzas en las calles por el rumbo de la Ciudadela continuaban. Los edificios cercanos fueron recuperados por las tropas leales, sin embargo, la desconfianza reinaba dentro de los círculos del gobierno, a tal grado que uno de los generales en los que confiaba el presidente, Felipe Ángeles, fue traído de la campaña contra Zapata para que influyera en el resultado, empero fue relegado por Huerta y comisionado a funciones bélicas de poca importancia. Los rurales, grupo de soldados irregulares, seguían enfrentando a las tropas bien parapetadas de los sublevados.



La situación del gobierno era insostenible. No había indicios de rendición, las operaciones militares continuaban mientras que tropas leales a Huerta apostadas en el Palacio Nacional, que mandaba Blanquet, en un movimiento rápido lograron capturar al presidente Madero; con esta maniobra la guerra falsa terminó. Los hermanos Madero, Francisco y Gustavo, sufrieron la suerte del vencido.

Desde el inicio de las hostilidades hasta la captura del presidente, la Decena Trágica resultó uno de los episodios de triste memoria para el proceso revolucionario mexicano. La simulación de la toma de la Ciudadela y la marginación de tropas leales a Madero ayudó a la realización de los planes de los pronunciados. Con el asesinato de Madero y Pino Suárez se levantaron en armas nuevas facciones. La lucha militar y política se alargó por más tiempo. La llegada al poder de Victoriano Huerta trajo consigo la

ruptura de la legalidad y el orden. Con la derrota política y militar de Madero, y el arribo al poder del militarismo, la situación de México causaría alarma al evidenciar la fragilidad de la figura presidencial durante esos días aciagos. ≡

Notas

¹Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, México, INEHRM, 1985, p. 434.

²Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, ERA, 1982, p. 119.

³José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, México, Botas, pp. 185-186.

⁴Adolfo Gilly, *La Revolución Interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971, p. 84.

⁵*Cf. La ciudadela de fuego*, México, INEHRM, INAH, CNCA, 1993.

⁶Friedrich Katz, *op. cit.* p. 121.

⁷Alan Knight, *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, Grijalbo, 1996, p. 541.

⁸John Mason Hart, *El México Revolucionario*, México, Alianza Editorial, 1992, p. 357.

⁹Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, p. 269.

¹⁰Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia*, México, Grijalbo, 1977, pp. 288-289.